

# Pierre

## Anais Nin

Una mañana muy temprano, cuando era joven, Pierre vagaba en dirección a los muelles. Había estado caminando durante algún tiempo a lo largo del río y le detuvo la visión de un hombre que trataba de izar un cuerpo desnudo del agua, para depositarlo en la cubierta de una de las barcas. El cuerpo había quedado prendido a la cadena del ancla. Pierre se lanzó a la carrera en ayuda de aquel hombre y juntos consiguieron colocar el cuerpo sobre la cubierta.

El desconocido se volvió entonces hacia Pierre y le dijo:

–Aguarde mientras voy en busca de la policía.

Y echó a correr. En aquel momento, el sol estaba empezando a salir y proyectó un arbol sobre el cuerpo desnudo. Pierre vio que no sólo pertenecía a una mujer, sino a una mujer muy hermosa. Su larga cabellera se adhería a sus hombros y a sus senos, llenos y redondos. Su tersa y dorada piel relucía. Nunca había visto un cuerpo tan bello bañado por el agua y exhibiendo sus formas adorablemente suaves.

La contempló fascinado. El sol la estaba secando. La tocó. Aún conservaba el calor, de modo que debía llevar poco tiempo muerta. Le buscó el corazón, que no latía. El seno pareció adherirse a su mano.

Se estremeció e, inclinándose, le besó el pecho. Como el de una mujer viva, era elástico y suave bajo los labios. Experimentó un impulso sexual súbito y violento, y continuó besándola. Separó los labios; al hacerlo, brotó de ellos un poco de agua, que a él le pareció saliva. Sintió que si la besaba lo suficiente, ella volvería a la vida. Transmitió el calor de sus labios a los de la mujer y le besó la boca, los pezones, el cuello y el vientre; luego descendió hasta el húmedo y rizado vello del pubis. Era como besarla bajo el agua.

Yacía extendida, con las piernas ligeramente separadas y los brazos paralelos a los costados. El sol doraba su piel y el pelo mojado recordaba las algas.

¡Cómo le cautivaba la forma en que aquel cuerpo estaba tendido, expuesto e indefenso! ¡Cuánto le gustaban los ojos cerrados y la boca entreabierta! El cuerpo tenía sabor a rocío, a flores y hojas mojadas, a hierba al amanecer. La piel era como de raso bajo sus dedos. Amó su pasividad y su silencio.

Se sintió ardiente y tenso. Finalmente, cayó sobre ella, y, cuando se disponía a penetrarla, manó agua de entre sus piernas; era como si estuviera haciéndole el amor a una náyade. Sus movimientos hicieron ondear el cuerpo. Continuó empujando en su interior, esperando sentir su respuesta de un momento a otro, pero el cadáver se limitó a moverse siguiendo su ritmo.

Ahora temía la llegada del hombre y de la policía. Trató de apresurarse y satisfacerse, pero no lo consiguió. Nunca le había llevado tanto tiempo. La frialdad y humedad de las entrañas y la pasividad de la mujer aumentaban su goce, pero no podía llegar al orgasmo.

Se movió con desesperación para liberarse de aquel tormento e inyectar su líquido caliente en el cuerpo frío. ¡Oh, cómo deseaba alcanzar ese momento, mientras besaba los pechos y urgía con frenesí su sexo dentro de ella! Pero aún no conseguía terminar. El hombre y la policía iban a encontrarlo allí, yaciendo sobre un cadáver de mujer.

Finalmente, levantó el cuerpo agarrándolo por la cintura, estrechándolo contra su pene y empujando violentamente con él. Ahora escuchaba gritos en derredor; en aquel momento se sintió estallar dentro de ella. Se apartó, soltó el cuerpo y echó a correr.

Aquella mujer le tuvo obsesionado durante días. No podía tomar una ducha sin recordar la sensación de la piel húmeda y evocar cómo relucía al amanecer. Nunca volvería a ver un cuerpo tan hermoso. No podía oír llover sin recordar cómo brotaba el agua de entre sus piernas y de su boca ni cuán tersa y suave era la desconocida.

Comprendió que debía escapar de la ciudad. Al cabo de unos días se encontraba en un pueblo de pescadores, donde dio con una hilera de estudios para artistas, de construcción modesta. Alquiló uno. Desde él podía oírlo todo a través de las paredes. En medio de la sucesión de estudios, al lado del que ocupaba Pierre, había un retrete de uso común. Cuando estaba acostado tratando de dormir, distinguió de pronto una tenue línea de luz entre los paneles del tabique. Acercó un ojo a una grieta y vio, de pie ante la taza, a un muchacho de unos quince años, apoyándose con una mano en la pared.

Se había bajado a medias los pantalones y tenía la camisa abierta. Su rizada cabeza se inclinaba sobre lo que estaba haciendo. Con la mano derecha se tocaba concienzudamente el joven sexo. De vez en cuando lo presionaba con fuerza y una convulsión recorría su cuerpo. A la débil luz, con su pelo rizado y su joven y pálido cuerpo, hubiera parecido un ángel si no fuera porque se sostenía el sexo en la mano derecha.

Apartó la otra mano de la pared, donde hasta entonces se apoyara, y se la aplicó muy firmemente a los testículos, mientras continuaba acariciándose, presionando y estrujando el miembro, que no llegó a la erección completa. Experimentaba placer, pero no pudo alcanzar el orgasmo, lo que le defraudó. Probó todos los movimientos, con los dedos y con la mano. Sostuvo melancólicamente su pene flaccido, lo sopesó, jugueteó con él, lo metió dentro de los pantalones, se abrochó la camisa y abandonó el lugar.

Pierre estaba completamente desvelado. El recuerdo de la mujer ahogada le obsesionaba de nuevo, mezclado ahora con la imagen del muchacho entregado a sus juegos. Estaba acostado, presa de la agitación, cuando de nuevo vio la luz en el retrete. Pierre no pudo evitar mirar. Allí sentada, estaba una mujer de unos cincuenta años, enorme, con una cara ancha de boca y ojos golosos.

Llevaba sentada sólo un momento cuando alguien empujó la puerta. En vez de rechazar al recién llegado, la mujer abrió y apareció el chico que había estado allí poco antes. Le sorprendió que la puerta se abriera. La mujer, sin moverse del asiento, dirigió una sonrisa al muchacho y cerró.

—¡Qué chico tan encantador! Seguro que ya tienes una amiguita, ¿eh? Seguro que ya has experimentado algún pequeño placer con mujeres. —No —repuso el tímido muchacho. La mujer hablaba con naturalidad, como si se hubiera encontrado con el chico en la calle. Cogido por la sorpresa, éste la miraba fijamente. Todo lo que podía ver era la boca de labios gruesos sonriendo y los ojos insinuantes.

—¿Nunca has sentido placer, chico? ¡No me digas!

—Nunca.

—¿Sabes cómo se hace? ¿No te lo han dicho tus amigos de la escuela?

—Sí. He visto hacerlo; lo hacen con la mano derecha. Yo lo he probado, pero no me ha pasado nada

La mujer se echó a reír.

–Pero hay otro procedimiento. ¿De verdad que nunca te lo han enseñado? ¿Nadie te ha contado nada? ¿Quieres decir que sólo sabes hacerlo con la mano? Pues el otro sistema es el que siempre funciona.

El muchacho la miró con suspicacia, pero la sonrisa de la mujer era ancha y generosa, e inspiraba confianza.

Las caricias que se había prodigado a sí mismo debieron de haberle afectado de alguna manera, pues dio un paso en dirección a la mujer.

–¿Cuál es el procedimiento que usted conoce? –preguntó con curiosidad. Ella se rió.

–¿De veras quieres saberlo? ¿Y qué ocurre si te gusta? Si te gusta, ¿me prometes que vendrás a verme otra vez?

–Se lo prometo.

–Bien. Entonces, monta sobre mi regazo; arrodíllate sobre mí y no tengas miedo. Ahora.

El centro del cuerpo del muchacho quedaba al mismo nivel de la ancha boca de la mujer, quien hábilmente le desabrochó los pantalones y le sacó el pequeño pene. El chico la miró sorprendido mientras ella tomaba el miembro en su boca.

A medida que la lengua empezaba a moverse y el reducido órgano se ensanchaba, un placer tal se apoderó del muchacho, que cayó hacia delante, sobre el hombro de la mujer dejando que la boca diera cabida a todo el pene y llegara a tocar el vello del pubis. Lo que sentía era mucho más estimulante que el resultado obtenido al tratar de manipularse por sí solo. Todo lo que Pierre podía ver ahora era la carnosa boca trabajando sobre el delicado pene, dejando de vez en cuando fuera de aquella caverna la mitad del miembro, y engulléndolo luego en toda su longitud, hasta no dejar al descubierto más que el vello que lo rodeaba.

La mujer era golosa, pero paciente. El chico estaba exhausto a causa del placer, casi a punto de desvanecerse sobre la cabeza de ella, y su rostro se iba congestionando. Continuó succionando y lamiendo vigorosamente, hasta que el muchacho empezó a temblar. Ella había tenido que rodearlo con sus brazos, porque de lo contrario él mismo se le hubiera salido de la boca. Comenzó a emitir gemidos, como un pájaro arrullador. La mujer se aplicó a su tarea más febrilmente aún, y entonces sucedió. El muchacho estuvo a punto de caer dormido sobre su hombro a causa del cansancio, por lo que debió apartarlo ella misma, suavemente, con sus manos. El sonrió tristemente y se marchó corriendo.

Acostado, Pierre recordó a una mujer a la que había conocido cuando ella tenía ya cincuenta años y él contaba sólo diecisiete. Era una amiga de su madre, excéntrica, testaruda y que vestía según la moda de diez años antes, o sea que llevaba innumerables enaguas, corsés apretados, bragas largas con gran profusión de puntillas, y vestidos de falda larga y muy escotados, de manera que Pierre podía ver el vallecito que se abría entre los pechos, una línea que se desvanecía entre sombras, entre encajes y volantes.

Era una mujer de buen aspecto, con un exuberante cabello rojo y una fina pelusilla sobre la piel. Sus orejas eran pequeñas y delicadas, y sus manos rollizas. La boca resultaba particularmente atractiva: muy roja –su color natural–, plena y ancha, y con unos dientes pequeños que siempre mostraba, como si estuviera a punto de morder algo.

Acudió a visitar a la madre de Pierre un día muy lluvioso, en ausencia de la servidumbre. Sacudió su paraguas transparente, se quitó su impresionante sombrero y

se desprendió del velo. De pie con su largo vestido empapado, empezó a estornudar. La madre de Pierre estaba en cama, aquejada de gripe. Desde su habitación, dijo:

–Querida, quítate la ropa si la traes mojada; Pierre te la secará junto al fuego. En el salón hay un biombo. Puedes desnudarte tras él. Pierre te dará uno de mis quimonos.

Pierre se apresuró con evidente diligencia. Tomó el quimono de su madre y desplegó el biombo. En el salón ardía, resplandeciente, un hermoso fuego en la chimenea, La estancia estaba caldeada y olía a los narcisos que llenaban todos los floreros, a fuego y al perfume de sándalo de la visitante.

Desde detrás del biombo, la mujer alargó su vestido a Pierre. Aún estaba caliente y exhalaba el perfume de su cuerpo. Este lo sostuvo en sus brazos y lo olió, embriagado, antes de extenderlo sobre una silla, junto al fuego. A continuación, la mujer le tendió una ancha y gruesa enagua, con el bajo completamente empapado y cubierto de barro. Chasqueó la prenda, complacido, antes de colocarla también ante el fuego.

Mientras tanto, la recién llegada conversaba, sonreía y se reía tranquilamente, sin percatarse de la excitación del muchacho. Le pasó otra enagua, ésta más ligera, cálida y con olor a almizcle. Luego, con una risa avergonzada, le tendió sus largas bragas de encaje. De pronto, Pierre se dio cuenta de que no estaban mojadas, por lo que no era necesario que se las diera. O sea que si se las había entregado era adrede, y ahora permanecía casi desnuda tras el biombo, sabiendo que él había reparado en su cuerpo.

Como lo estaba mirando por encima del biombo, Pierre pudo ver sus hombros redondos, suaves y relucientes como cojines. Riendo, la mujer le dijo:

–Ahora, dame el quimono.

–¿No tiene también las medias mojadas?

–Sí, desde luego. Ya me las quito. Se agachó. Pierre la podía imaginar soltándose las ligas con gesto enérgico y enrollando las medias. Se preguntó qué aspecto tendrían sus piernas y sus pies. No pudo contenerse por más tiempo y dio un empujón al biombo.

El biombo cayó ante ella y la mostró en la postura que Pierre imaginara. Estaba agachada, quitándose las medias negras. Todo su cuerpo tenía el color dorado y la delicada textura de su cara. Tenía la cintura estrecha y senos prominentes, grandes, pero firmes.

La caída del biombo la dejó indiferente.

–Mira lo que he hecho al quitarme las medias –comentó–. Alárgame el quimono.

Pierre se aproximó a ella y la miró fijamente: aparte las pinturas que había estudiado en el museo era la primera mujer desnuda que veía.

Sonriendo, se cubrió como si nada hubiera pasado y se dirigió al fuego extendiendo las manos hacia el calor. Pierre estaba completamente cohibido. Su cuerpo ardía, pero no sabía muy bien qué hacer.

Ella, en su urgencia por calentarse, no se preocupó de sujetarse el quimono alrededor del cuerpo. Pierre se sentó a sus pies y se quedó mirándola, sonriente, cara a cara. Los ojos de la mujer parecían invitarlo. Se acercó a ella, todavía arrodillado. De pronto, la mujer se abrió el quimono, tomó la cabeza de Pierre entre sus manos y la atrajo sobre su sexo para sentir en él su boca. Los rizos de su vello púbico entraron en contacto con los labios del muchacho y lo enloquecieron. En aquel momento la voz de la madre llegó desde el alejado dormitorio: –¡Pierre! ¡Pierre!

Se irguió. La amiga de la madre se cerró el quimono. Quedaron temblando, ardorosos e insatisfechos. La amiga se dirigió a la habitación de la madre, se sentó a los pies de la cama y se puso a charlar. Pierre se sentó. con ellas, esperando con

nerviosismo a que la mujer estuviera en condiciones de volver a vestirse. La tarde parecía interminable. Por último, ella se levantó y dijo que debía vestirse, pero la madre retuvo a Pierre. Quería que le trajera algo para beber y que corriera las cortinas. Lo mantuvo ocupado hasta que su amiga estuvo vestida. ¿Acaso había adivinado lo ocurrido en el salón? Pierre se quedó con el recuerdo del tacto de su vello y de su rosada piel en los labios. Nada más.

Cuando la amiga se hubo marchado, la madre dijo, con la habitación en penumbra:

—¡Pobre Mary Ann! ¿Sabes? Le ocurrió algo terrible de joven. Fue cuando los prusianos invadieron Alsacia-Lorena: unos soldados la violaron. Y ahora no tolera un hombre cerca de sí.

La imagen de Mary Ann violada inflamó a Pierre. Apenas podía disimular su turbación. Mary Ann había confiado en su juventud e inocencia; con él había perdido su miedo a los hombres. Para ella era como un niño, por eso había tolerado su joven y tierno rostro entre las piernas.

Aquella noche soñó con unos soldados que rasgaban los vestidos de la mujer y le separaban las piernas. Se levantó presa de un violento deseo de ella. ¿Cómo volver a verla? ¿Le permitiría hacer algo más que besarle suavemente el sexo, como ya hiciera? ¿Permanecería impenetrable para siempre? Le escribió una carta, y le sorprendió recibir respuesta. Le pedía que fuera a verla. Vistiendo una holgada túnica, le dio la bienvenida en una habitación débilmente iluminada. El primer movimiento de Pierre consistió en arrodillarse ante ella. Le sonrió con indulgencia:

—¡Qué amable que eres! —dijo. Luego señaló un amplio diván, situado en un rincón, y se tendió en él. Pierre se tendió junto a ella. Se sentía tímido y no podía moverse.

Entonces sintió que su mano se introducía hábilmente bajo su cinturón, se deslizaba dentro de sus pantalones y avanzaba junto al vientre estimulando cada porción de carne que tocaba, resbalando y descendiendo.

La mano se detuvo en el pubis, jugó con el vello y se movió en torno al pene, sin tocarlo. Empezó entonces a hurgarle y Pierre creyó que si le tocaba el miembro moriría de placer. Ansioso, abrió la boca.

La mano continuó moviéndose con lentitud, despacio alrededor y sobre el vello. Un dedo buscó el diminuto canalillo entre el vello y el sexo, donde la piel era tersa, y buscó también cada una de las partes sensibles del joven, se deslizó bajo el pene, le oprimió los testículos.

Por último, la mano se cerró en torno al palpitante miembro y Pierre experimentó un placer tan intenso que suspiró. Su propia mano avanzó, revolviendo a ciegas la ropa de la mujer. También él deseaba tocar el centro de las sensaciones de ella; también quería deslizarse y penetrar en sus partes secretas. Hurgó en sus vestidos y halló una abertura. Palpó su vello púbico y la depresión entre el muslo y el monte de Venus; sintió la carne tierna y la humedad, e introdujo el dedo.

Poseído por el frenesí, trató de introducir el pene. Imaginó a los soldados cargando contra ella. La sangre se le subió a la cabeza. Mary Ann le apartó de un empujón y no le permitió que la tomara.

—Sólo con las manos —le susurró al oído.

Y se tendió, abierta a él, mientras continuaba acariciándole bajo los pantalones.

Cuando se volvió de nuevo y la presionó con su sexo, ella volvió a apartarlo, esta vez con irritación. La mano de ella lo excitaba y ya no podía permanecer inmóvil,

—Te provocaré el orgasmo así —le explicó ella—. Goza.

Pierre se tendió de nuevo, disfrutando de las caricias, pero en cuanto cerró los ojos acudieron a su imaginación los soldados inclinándose sobre el cuerpo desnudo; las piernas, obligadas a separarse; la abertura goteando a causa de los ataques; lo que sentía se parecía al jadeante y furioso deseo de los soldados.

De pronto, Mary Ann cerró su túnica y se puso de pie. Se había quedado completamente fría. Despidió a Pierre y nunca más le permitió verla.

A los cuarenta años, Pierre seguía siendo un hombre muy apuesto, cuyos éxitos con las mujeres y su prolongada y ya rota relación con Elena habían dado mucho que hablar en la pequeña localidad rural donde se estableciera. Estaba casado ahora con una mujer delicada y encantadora que, dos años después de la boda, había enfermado y quedado medio inválida. Pierre la había amado con ardor y al principio pareció que su pasión la hacía revivir, pero, poco a poco, esa pasión se convirtió en un peligro para su débil corazón. Por último, el médico desaconsejó cualquier relación íntima. La pobre Sylvia entró entonces en un prolongado período de castidad. También Pierre se vio bruscamente privado de su vida sexual.

A Sylvia se le prohibió, por supuesto, tener hijos, y por esta razón ella y Pierre decidieron al cabo adoptar dos niños del orfanato del pueblo. Fue un gran día para Sylvia, que vistió sus mejores galas con tal motivo. También fue un gran día para el orfanato, pues todos los niños sabían que Pierre y su esposa vivían en una hermosa casa en una vasta propiedad y tenían fama de amables.

Fue Sylvia quien escogió a los niños: John, un delicado muchacho rubio, y Martha; una chica morena y vivaracha, ambos de unos dieciséis años de edad. Uno y otra habían sido inseparables en el orfanato, como hermano y hermana.

Fueron trasladados a la casa, grande y encantadora, donde se les asignó a cada uno una habitación que daba al amplio parque. Pierre y Sylvia les prodigaron los mayores cuidados, toda su ternura y sus consejos. Además, John cuidaba de Martha.

A veces, Pierre los observaba, envidiando su juventud y camaradería. A John le gustaba pelear con Martha. Durante mucho tiempo ella fue la más fuerte, pero un día, mientras Pierre los observaba, fue John quien sujetó a Martha contra el suelo, consiguiendo sentársele sobre el pecho y proclamar su triunfo. Pierre advirtió que esta victoria, que había seguido a un acalorado revolcón de ambos cuerpos, no disgustó a la chica. «Ya está formándose en ella la mujer –pensó–. Desea que el hombre la aventaje en fuerza.»

Pero si la mujer se manifestaba ya tímidamente en la muchacha, no consiguió un trato galante por parte de John. Su intención parecía ser tratarla como a una compañera; incluso como a un chico. Nunca le dirigía cumplidos y jamás se daba por enterado de los vestidos que llevaba o de sus coqueterías. De hecho, se ponía fuera de sí, hasta manifestar acritud cuando la muchacha le amenazaba con mostrarse tierna. Incluso le llamaba la atención por sus defectos. En una palabra, la trataba sin el menor sentimentalismo. La pobre Martha se sentía perpleja y dolida, pero se negaba a exteriorizarlo. Pierre era el único que se daba cuenta de que la feminidad de Martha estaba siendo herida.

Se hallaba solo en su vasta propiedad. Cuidaba de la granja que formaba parte de aquélla, además de otras posesiones de Sylvia repartidas por la comarca, pero estas ocupaciones no le bastaban. No tenía ningún compañero. John dominaba a Martha hasta el punto de que ella no reparaba en Pierre. Al mismo tiempo, con su ojo experto de hombre mayor, podía advertir muy bien que a Martha le hacía falta otro tipo de relaciones.

Un día que la halló llorando sola en el parque, se aventuró a decirle tiernamente:

—¿Qué te ocurre, Martha? Siempre puedes confiar a un padre lo que no puedas confiar a un compañero.

Martha le miró, dándose cuenta por vez primera de su gentileza y simpatía. Confesó que John le había dicho que era fea, torpe y demasiado animal.

—¡Qué chico tan estúpido! Eso es absolutamente falso. Lo dice porque eres demasiado mujer para él y no sabe apreciar tu sano y vigoroso tipo de belleza. La verdad es que es un afeminado, mientras que tú eres maravillosamente fuerte y hermosa en un sentido que él no puede comprender.

Martha le dirigió una mirada de gratitud.

En lo sucesivo, fue Pierre quien la saludó todas las mañanas con alguna frase amable como «Ese color azul le va muy bien a tu tono de piel»; o «Te sienta estupendamente ese peinado».

La sorprendió con regalos de perfumes y pañuelos y otras pequeñas vanidades. Sylvia ya no abandonaba nunca su dormitorio y sólo de forma ocasional tomaba asiento en una silla del jardín los días excepcionalmente soleados. John, siempre concentrado en sus estudios, prestaba cada vez menos atención a Martha.

Pierre tenía un coche en el que efectuaba todos los recados que exigía la supervisión de la granja. Siempre los había hecho solo, pero ahora empezó a llevar a Martha consigo.

Esta contaba diecisiete años, estaba bellamente formada gracias a una vida sana y tenía la piel clara y un pelo negro brillante. Sus ojos, fogosos y ardientes, permanecían largo tiempo fijos en el cuerpo delgado de John. Con demasiada frecuencia, pensaba Pierre mientras la miraba. Resultaba obvio que estaba enamorada de John, pero éste ni se enteraba. Pierre experimentaba la angustia de los celos. Se miraba en el espejo y se comparaba con John, comparación que le favorecía, pues si John era un apuesto joven, al propio tiempo su aspecto sugería frialdad, en tanto que los ojos verdes de Pierre aún atraían a las mujeres, y su cuerpo desprendía gran cordialidad y encanto.

Empezó a cortejar sutilmente a Martha, mediante cumplidos y atenciones, convirtiéndose en su confidente en todas las materias, hasta que ella llegó a confesarle la atracción que sentía por John, pero añadió:

—Es absolutamente inhumano.

Un día John la insultó abiertamente en presencia de Pierre. La muchacha había estado bailando y corriendo, y su aspecto era exuberante y vital. De pronto, John se le acercó con expresión de reproche y le dijo:

—¡Qué animal eres! Nunca sublimarás tu energía.

¡Sublimación! Así que era eso lo que él deseaba. Pretendía atraer a Martha a su mundo de estudios, teorías e investigaciones, a fin de ahogar la llama que ardía en ella. Martha le miró airada.

La naturaleza trabajaba en favor de la humanidad de Pierre. El verano hizo languidecer a Martha y la desnudó. Al llevar menos ropa, fue haciéndose más consciente de su propio cuerpo. La brisa parecía tocar su piel como si fuera una mano. Por la noche, daba vueltas en la cama con una intranquilidad que ella misma no podía comprender. Llevaba el cabello suelto y sentía como si una mano se lo hubiera esparcido sobre la garganta y se lo estuviera tocando.

Pierre no tardó en comprender lo que le sucedía, pero no hizo insinuaciones. Cuando la ayudaba a apearse del coche, apoyaba la mano en el fresco y desnudo brazo. Cuando estaba triste y se refería a la indiferencia de John le acariciaba el pelo. Pero sus ojos no se apartaban de ella y conocían todos los rincones de su cuerpo en la

medida en que su vestido permitía adivinarlos. Supo cuan fina era la pelusilla que cubría su piel, cuan suaves eran sus piernas, cuan firmes sus jóvenes pechos. Su cabello, rebelde y espeso, caía a menudo sobre el rostro de Pierre cuando ella se inclinaba con él para estudiar los papeles de la granja. Sus alientos se mezclaban con frecuencia. Una vez, él dejó extraviar su mano alrededor de la cintura de Martha, en actitud paternal. Ella no se movió. De alguna forma, los gestos de Pierre respondían profundamente a la necesidad de simpatía que experimentaba la muchacha. Pensó que estaba cediendo a una cordialidad envolvente y paternal y, poco a poco, era ella quien procuraba permanecer cerca de él cuando estaban juntos, ella quien le pasaba el brazo alrededor cuando iban en coche, y ella quien apoyaba su cabeza en el hombro de Pierre cuando regresaban a casa al atardecer.

Volvían de esos viajes de inspección con un brillo de entendimiento en la mirada que John no dejó de observar. Y eso le volvió más hosco. Pero ahora Martha se hallaba en abierta rebelión contra él. Cuanto más reservado y severo se mostraba con ella, más quería Martha afirmar su fuego interior, su amor por la vida y por la actividad. Y se entregó a una relación de camaradería con Pierre.

A una hora de coche más o menos, había una granja abandonada que en otro tiempo tuvieron alquilada. Había caído en desuso y Pierre decidió repararla para el día en que John se casara. Antes de llamar a los obreros, acudió con Martha a echar un vistazo y comprobar qué había que hacer.

Era una casa muy grande, de una sola planta. La hiedra la había sumergido casi por completo, cubriendo las ventanas con una cortina natural que obscurecía el interior. Pierre y Martha abrieron una ventana. Encontraron mucho polvo, el mobiliario mohoso y unas pocas habitaciones en ruinas, donde la lluvia había penetrado. Pero había un cuarto casi intacto: el dormitorio principal. Una cama grande y sombría, muchas colgaduras, espejos y una raída alfombra conferían al conjunto, en la semiobscuridad, cierta nobleza. Sobre la cama, habían arrojado una pesada colcha de terciopelo.

Mirando en derredor con ojo de arquitecto, Pierre se sentó en el borde de la cama. Martha permaneció de pie junto a él. El calor del verano llegaba a la habitación en oleadas, agitándoles la sangre. De nuevo Martha sintió la mano invisible que la acariciaba. No le pareció extraño que una mano real se deslizara de pronto entre su ropa, con la dulzura y la suavidad de un viento veraniego, y tocara su piel. Le pareció natural y agradable, y cerró los ojos.

Pierre la atrajo hacia sí y la tendió en la cama. Martha mantenía los ojos cerrados; aquello le parecía, simplemente, la continuación de un sueño. Acostada a solas muchas noches de estío, estuvo esperando aquella mano que ahora hacía lo que ella imaginara. Iba deslizándose suavemente a través de su ropa, despojándola de ella como si arrancara una fina piel para dejar en libertad la suya, verdadera y cálida. La mano la recorría por entero, llegando a lugares a los que ignoraba pudiera llegar, a lugares secretos y palpitantes.

De pronto, abrió los ojos y vio el rostro de Pierre sobre el suyo, dispuesto a besarla. Se sentó bruscamente. Mientras tenía los ojos cerrados, imaginaba que era John quien deslizaba así su mano por su carne, pero cuando vio la cara de Pierre, se sintió defraudada. Escapó de él. Regresaron a casa en silencio, pero sin ira. Martha estaba como drogada y no podía liberarse de la sensación que le había producido aquella mano sobre su cuerpo. Pierre se mostraba tierno y parecía comprender la resistencia de la muchacha. Encontraron a John envarado y hosco.



Martha fue incapaz de dormir. Cada vez que cerraba los ojos comenzaba a sentir de nuevo la mano, a esperar sus movimientos: cómo ascendía por el muslo y avanzaba hacia el lugar secreto, despertándole aquel latido, aquella expectación. Se levantó y permaneció de pie junto a la ventana. Todo su cuerpo reclamaba a gritos que aquella mano la tocara de nuevo. El anhelo de la carne era peor que el hambre o la sed.

Al día siguiente amaneció pálida y decidida. En cuanto hubo concluido el almuerzo, se volvió hacia Pierre y le dijo:

—¿Tenemos que ir hoy a ver la granja?

El asintió. Partieron en coche. Fue un alivio para Martha, que ahora se sentía libre, con el viento dándole en la cara. Observaba la mano derecha de Pierre, apoyada en el volante; una hermosa mano, juvenil, flexible y tierna. De pronto, se inclinó sobre esa mano y apretó los labios contra ella. Pierre le sonrió con tal expresión de gratitud y placer, que el corazón de la muchacha dio un vuelco.

Atravesaron juntos el descuidado jardín, avanzando por el sendero cubierto de musgo, en dirección a la habitación sumida en una verde penumbra por las cortinas de hiedra. Fueron directamente hacia la ancha cama y Martha se tendió en ella.

—Tus manos —murmuró—. ¡Oh, Pierre, tus manos! Las he sentido toda la noche.

¡Cuan suave y cariñosamente sus manos empezaron a buscar en su cuerpo, como tratando de hallar el sitio donde se concentraban sus sensaciones y no supieran si era en torno a sus senos o bajo ellos, a lo largo de sus caderas o en el valle que se abría entre éstas! Pierre aguardó a que la carne de Martha respondiera, atento al más ligero temblor que le confirmara que su mano había tocado donde ella deseaba ser tocada. Sus vestidos, las sábanas, los camisones, el agua del baño, el viento, el calor; todo había conspirado para sensibilizar su piel, a prepararla para aquella mano que completaría las caricias que le habían procurado, añadiendo el ardor y el poder de penetrar en todos los lugares secretos.

Pero en cuanto Pierre se inclinó aproximándose a su rostro para darle un beso, se interpuso la imagen de John. La muchacha cerró los ojos, y Pierre sintió que también su cuerpo se le cerraba. Tuvo el buen tino de no proseguir con sus caricias.

De regreso en casa aquel día, Martha fue presa de una especie de ebriedad que la hizo conducirse atolondradamente. La casa estaba distribuida de tal manera que los aposentos de Pierre y Sylvia comunicaban con la habitación de Martha y ésta, a su vez, con el baño utilizado por John. Cuando los chicos eran más pequeños, todas las puertas permanecían abiertas de par en par, pero ahora la esposa de Pierre prefería cerrar la de su dormitorio y la que comunicaba los de Martha y Pierre. Aquel día Martha tomó un baño. Mientras yacía tranquilamente en el agua, podía oír cómo John se movía en su cuarto. El cuerpo de la muchacha era presa de un gran ardor, provocado por las caricias de Pierre, pero ella seguía deseando a John. Se proponía hacer una nueva tentativa de despertar el deseo de éste; forzarle abiertamente para saber de una vez por todas si podía tener alguna esperanza de que la amara.

Una vez bañada, se envolvió en un largo quimono blanco, dejando suelto su largo cabello ensortijado y negro. En lugar de regresar a su habitación, entró en la de John, que se sobresaltó al verla. La muchacha explicó su presencia, diciendo:

—Estoy terriblemente ansiosa, John. Necesito tu consejo. Pronto voy a abandonar esta casa.

—¿Abandonarla?

—Sí. Ya es tiempo de que lo haga. Debo aprender a ser independiente. Quiero irme a París.

—Pero aquí eres muy necesaria.

—¿Necesaria?

—Eres la compañera de mi padre —dijo amargamente.

¿Significaba eso que estaba celoso? Martha aguardó, conteniendo la respiración, a que dijera algo más.

—Debo conocer gente y tratar de casarme. No puedo ser una carga para siempre.

—¿Casarte?

Por vez primera miró a Martha como a una mujer. Siempre la había considerado una niña. Lo que vio fue un cuerpo voluptuoso, que se delineaba claramente bajo el quimono, un pelo húmedo, un rostro febril y una boca delicada. Ella aguardó. Su expectación era tan intensa, que sus manos le cayeron a ambos lados y el quimono se abrió revelando su cuerpo completamente desnudo.

John se dio cuenta entonces de lo que deseaba de él: se le estaba ofreciendo. Pero en lugar de excitarle, le hizo retroceder.

—¡Martha! ¡Oh, Martha! —dijo—. ¡Qué animal eres! Eres realmente la hija de una puta. Sí, en el orfanato todo el mundo decía que eras hija de una puta.

A Martha se le agolpó la sangre en el rostro.

—¡Y tú! —le increpó—. Eres impotente, eres un monje, eres como una mujer. No eres un hombre. Tu padre sí lo es.

Y salió corriendo de la habitación.

La imagen de John dejó de atormentarla. Deseaba borrarla de su cuerpo y de su sangre. Aguardó a que aquella noche todo el mundo estuviera durmiendo, abrió la puerta del cuarto de Pierre y se metió en su cama, ofreciéndole en silencio su cuerpo, fresco y abandonado.

Por la forma en que acudió a su cama, Pierre supo que estaba libre de John, que ahora era suya. ¡Qué placer sentir el delicado y juvenil cuerpo deslizándose junto al suyo! En las noches de verano dormía desnudo. Martha se había despojado del quimono y estaba también desnuda. El deseo de Pierre se desató, y Martha sintió su dureza contra el vientre.

Sus difusos sentimientos se concentraban ahora en una sola parte de su cuerpo. Ella misma se sorprendió haciendo gestos que nunca había aprendido: ciñéndole el miembro, pegando su cuerpo al de él. devolviendo besos de muchas clases. Pierre era generoso. Martha se entregó con frenesí, y él se vio devuelto a sus mayores hazañas amoratorias.

Cada noche fue una orgía. El cuerpo de Martha se hizo más flexible y hábil. El vínculo que los unía se hizo tan fuerte que les resultaba difícil fingir durante el día. Si ella le miraba, era como si Pierre la hubiera tocado entre las piernas. A veces, se abrazaban en el oscuro vestíbulo. El la estrechaba contra la pared. Junto a la entrada había un amplio ropero, lleno de abrigos y botas para la nieve, donde nadie entraba en verano. Martha se ocultaba allí y Pierre se reunía con ella. Yacían abandonándose sobre los abrigos, en el reducido espacio escondido y secreto.

Pierre había carecido de vida sexual durante años, y Martha nacía a ella en esos momentos. Le recibía siempre con la boca abierta y con el sexo húmedo. El deseo se apoderaba de Pierre sólo con que pensara en que Martha le estaba esperando en el cuartito oscuro. Actuaban como animales en lucha, dispuestos a devorarse mutuamente. Si Pierre vencía y la inmovilizaba debajo de él, la tomaba con tal fuerza que parecía coserla a puñaladas con el sexo, una y otra vez, hasta dejarla exhausta. Su armonía era perfecta: su excitación crecía al mismo tiempo. Ella tenía una forma de subírsele encima que recordaba la de los animales. Se restregaba contra su miembro

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

